



La emoción republicana

He recibido una carta, tan interesante como todas las suyas, del mejor poeta que hoy vive en España, y que, aunque nunca ha figurado en la política militante, siente con intensidad la política y el patriotismo. Me escribe desde Madrid cuando se dispone a ir a su cátedra del Instituto de una de las ciudades castellanas próximas a la corte.

En la carta me habla del triste estado moral de España, del aumento de brutalidad, de egoísmo, de materialidad y de cómo domina la satisfacción y el relincho que alaba al dios de «las buenas digestiones». Y luego escribe: «Cuando pasa algo grave, como esto de Marruecos, se ve que ni un solo hombre de nuestra política conoce su deber. Sobre todo esas repugnantes zurdas españolas, siempre con la escudilla a la puerta de Palacio. Lacayería y mendicidad, como usted tantas veces ha dicho.»

Me habla después nuestro más grande poeta de los «saboteurs» de una revolución inexcusable. Y agrega: «Comenzaron proclamando la accidentalidad de la forma de gobierno, muy a destiempo y en provecho inmediato de la superstición monárquica y del servilismo palatino. Con ello han conseguido anular la única noble, aunque de corta fecha, tradición política que teníamos y la labor educadora de Pi y Margall y Salmerón y otros dignos repúblicos que emplearon cuarenta años de su vida en convencer al pueblo de todo lo contrario. Abandonaron el republicanismo; algunos fueron más allá sin vocación suficiente para ello; otros, los más, quedaron en actitud torpemente pragmática, sin dignidad ideal y sin alcanzar tampoco el precio y la eficacia. Hicieron algo peor. Cuando yo era niño había una emoción republicana. Recuerdo haber llorado de entusiasmo en medio de un pueblo que cantaba la Marsellesa y vitoreaba a Salmerón que volvía de Barcelona. ¡El pueblo hablaba de una idea republicana, y esta idea era, por lo menos, una emoción, y muy noble, a fe mía!»

Luego el gran poeta, el excelso cantor de la tierra de Alvargonzález y de los campos de Soria, me habla de la urgente resurrección de la emoción republicana, de la afirmación, acrecentamiento, depuración y enriquecimiento con nueva savia del republicanismo, y de otras cosas, entre ellas de una «repugnante lombriz de ceño sucio». (¡Y le salió un endecasilabo!) Y que hay que sacar las ascuas de la ceniza y hacer hoguera con leña nueva.

Lo evidente es que nunca ha sido más fuerte que es hoy en España la emoción, si no republicana, antimonárquica. Y ello porque hasta los que más creen en la accidentalidad de las formas de gobierno empiezan a creer en la esencialidad de las personas que las encarnan. Y más ahora en que lo poco de conciencia civil y nacional que hay en España pide que se depuren las responsabilidades de lo de Marruecos y lleguen adonde llegaren.

Y ahora es cuando «nuestro grande amigo Chichimecatecle», jefe de los «Hascalcas», o sea de los republicanos accidentales y de real orden, sale con eso de que no se abra el Parlamento, no sea que en él se discutan de verdad las responsabilidades. Porque el consocio — el señor Lerroux es ante todo y sobre todo el consocio — teme que se vea claro en qué fangal ha contribuido él más que nadie a que se ahogue la emoción republicana de que en su carta me habla el altísimo poeta que lloraba, siendo niño, al presenciar uno de los triunfos populares del gran Salmerón, el que vivió de su cátedra y su bufete de abogado y de nada más.

El altísimo poeta se duele de que en vez de ghondar el foso en que se hundiese «la abominable España de la Regencia» se ha ahogado la emoción republicana. Y se la ha ahogado con la corrupción y con el soborno y con la persecución violenta. No pocos círculos llamados republicanos no pasan de ser timbas más o menos disfrazadas. Los timberos sedicentes republicanos han estado al servicio de las autoridades del reino y para hacer fracasar toda protesta. En momentos de represión buscaban amparo en las autoridades a que servían.

Dice el consocio que el presente Parlamento no representa al país. Sin duda, pero puede haber en él algunos — con muy pocos que haya basta — que se decidan a decir toda la verdad y pongan en peligro la sociedad de negocios a que él, el consocio, pertenece. Porque el desastre último no deja de tener alguna relación con el vicio general que corroe a toda España y de que tan alarmantes muestras se han dado este verano en el balneario de Baños de Montemayor, de que es gerente el consocio.

El consocio pide que en el período puramente militar no se exijan responsabilidades, y dice que no confía en ningún gobierno de la monarquía. Esto es para despistar. O en último caso podrá no confiar en ningún gobierno de la monarquía de que él no forme parte, pero de lo que más desconfía es de que pudiera desaparecer la monarquía, quedando él aun más al descubierto que ya está. Y es que el negocio es el negocio.

Miguel DE UNAMUNO.